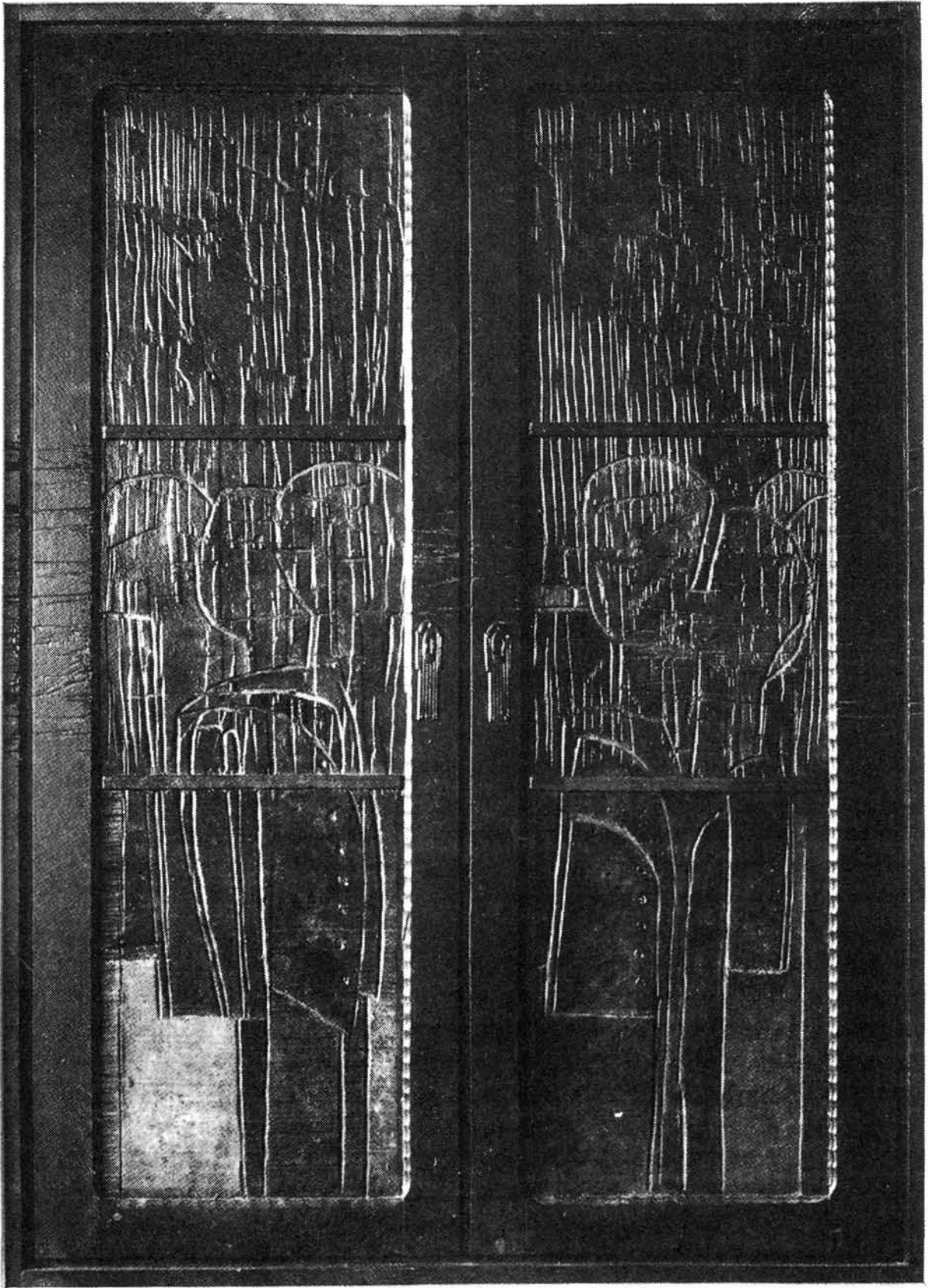


tes en la época los «conatos de manifestación». Leo ahora lo que escribí para aquella ocasión y todo ello me parece hoy no solamente válido sino mi juicio definitivo sobre Yraola y su obra. No resisto la autocita y si descontamos alguna referencia ocasional podría escribirlo hoy otra vez.

Ignacio Yraola es uno de los artistas españoles de obra más significativa en nuestro panorama y más significativa en el contexto de la cultura no sólo artística de nuestros atribulados días. Su obra va más allá de lo meramente plástico —o más acá, cualquiera sabe— y trascendencia e inmanencia se funden en síntesis que rebasa lo convencional de las definiciones. Mensaje y medio se funden hasta confundirse y aparecen aglutinados en estas obras actuales. El pop no ha tenido entre nosotros el papel preponderante que tuvo en otros contextos culturales. No podía tenerlo. Pero sí ha tenido premoniciones, más que ecos, en la obra de Ignacio Yraola. La crisis del informalismo hizo a algunos creer en el retorno a la figuración, hizo crear a otros nueva figuración; en ambos casos se pretendía operar por adición de hallazgos más que por eliminación de azares. Lo que se pretendía buscar era conocido, por lo tanto carecía de interés. Otras veces se buscaba sin saber el qué. El riesgo era encontrar sin darse cuenta. La pintura se hizo crónica pero no crítica. Este terreno crítico fue en el que se instaló Yraola. Sabido es que a la verdad le molestan las pruebas. Por eso Yraola en su obra nos introduce en un mundo real, verdadero, pero no en su inmediatez, sino en su trascendencia. Como todo creador Yraola es antes que nada un poeta, un descubridor de verdades que posee un lenguaje al que ha accedido después de depurar y alambicar en su obra durante muchos años. No es casual, no puede serlo, que haya elegido la madera para sus obras. El amoroso trabajo del material, las mil y una facetas que de él sabe arrancar; los tonos, más que los colores, que emplea en su trabajo, responden por una parte a los llamados de la subjetividad y por otra a las exigencias de las más imperiosas llamadas de la lucidez. La integración de objetos, desvinculados casi siempre de sus connotaciones cotidianas, vienen a mostrarnos y demostrarnos el poder poético con que Yraola procede en su obra. Quedan señaladas someramente, algunas de las características elementales de la creación de Yraola. A ella responden estos «conatos» que ahora nos presenta. Como en toda su obra el argumento, si podemos decirlo así, es tanto un recuerdo como una aspiración. El «conato» sería la mínima aspiración a lo posible. Yraola, anticipador, nos lo presenta a través de su peculiar tamiz sensitivo.

Poco antes de su muerte presentó una exposición en Madrid (Galería El Coleccionista) y poco antes de la exposición me le encontré en la calle. Vivíamos próximos y cuando yo cambié de domicilio mi estudio, que sigue en Atocha, me hace pasar la mayor parte del tiempo en este barrio. Le encontraba con frecuencia y a veces no le llamaba pues le veía caminar con mucha prisa. Un día le llamé y estuvimos hablando en una taberna un par de horas largas. Vi que no llevaba tanta prisa y ya le llamaba siempre. Hablábamos de las exposiciones y de los críticos, del gobierno y de todo cuanto aconteciera en nuestro entorno. Yraola tenía siempre un punto de vista diferente y desde él aplicaba su lógica incontrovertible por lo que los resultados eran inesperados. En uno de estos encuentros, poco antes de la que sería su última exposición en vida me habló de ésta: «Anuchina me dice que va a parecer una colectiva», pues presentaba obras que a él le parecían desparejas pero que eran —todas— auténticos Yraolas. Yo le dije que era difícil encontrar algo parecido a un Yraola en alguna de las colectivas al uso. Lo tomó como un cumplido pero ciertamente no lo era. Vi la exposición y era la más fresca y desenfadada, la más imaginativa y profunda que le he visto. Había retomado algunas de sus características antiguas, el leve arañado de la madera, por ejemplo; el simple teñido de las superficies junto al contraste con muy trabajadas parcelas. Presentaba algunas piezas exentas que él se resistía a llamar esculturas. Lúcido e irónico, como siempre, pero como siempre profundo y haciendo gala de su personal manera de traba-



Dos alternativas de conciencia (1979)

jar, paciente y elaboradamente cada obra hasta arrancarle toda la intención que quería hacer patente.

La agudeza de su ingenio y de sus réplicas le granjearon algunas enemistades. Hubo gente que cuando me oía elogiar alguna de sus «salidas» u opiniones me manifestaron que no les hacía gracia. Recuerdo —y termino con esta anécdota— allá por los años sesenta que su madre se encontraba muy enferma. Le pregunté por ella y me manifestó «que estaba ya desahuciada de los médicos. Debe de pesar treinta kilos o así. No tiene salvación y estamos esperando de un momento a otro su muerte.» Calló un momento, igual que yo. Luego prosiguió: «Claro, aún no dice tonterías como eso de ¡Luz, más luz!», aludiendo a las que pasan por ser las últimas palabras de Goethe. Allí mismo me prometí no molestarme nunca por cualquier comentario de Ignacio.

Mucho más podría contar de su personalidad y de su arte que era un reflejo de ella. No sé hasta qué punto el arte refleja al hombre o éste se refleja en su obra. Pocos ejemplos he encontrado como el de Ignacio Yraola en la que la simbiosis fuese tan acabada.

José María Iglesias

Carlos Fuentes y la gesta del idioma

Carlos Fuentes es un mexicano diferente. Con la diferencia que otorga el mantener una actitud crítica ante la historia propia y el cargar de riesgo y propuestas la tarea creadora. La educación internacional de Fuentes, su trabajo como diplomático, su cosmopolitismo, su insatisfacción itinerante y permanente hacen que, desde su mirada, México —presencia ineludible en su obra— aparezca con profundidad y en perspectiva. La escritura de Carlos Fuentes es un ininterrumpido replanteamiento y revisión de las interpretaciones tantas veces tópicas y maniqueas de la memoria y la realidad mexicanas. El tema de España es igualmente otra preocupación apasionada y vigorosa de Carlos Fuentes y se alza asimismo como una constante en su obra tan plural como extensa. Desde su condición de mexicano crítico Carlos Fuentes ha buscado de manera implacable las señas de identidad de su historia, su pueblo y su tiempo. Una búsqueda acometida mediante un lenguaje poderoso, creador y destructor al mismo tiempo. Que Fuentes culmina una